



CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

(Continuacion.)

IV.

Mi querido Jorge: Al empezar esta epístola, cuarta de las que te consagro, me propongo demostrarte lo que es *utilidad*, económicamente hablando. Para ello no creo tener que esforzarme mucho, pues fijándote brevemente en mi definición, tú sólo podrás deducir numerosas consecuencias.

Utilidad no es otra cosa que la propiedad que tienen los objetos de satisfacer nuestras necesidades.

El trigo, por ejemplo, satisface una necesidad física.

Los amigos satisfacen una necesidad moral.

El estudio satisface una necesidad intelectual.

Ahora bien: ¿qué es más útil, un panecillo, un amigo, ó un libro?

Si consideras la situación de un mendigo, falto de todo alimento, extenuado y yerto por la necesidad, de fijo que optarás por el pan; si reparas el desconsuelo de un huérfano falto de consejo y cariño, preferirás al amigo; si estudias la triste situación del ignorante, que aunque logra satisfacer su apetito y estrechar una mano cariñosa no puede desarrollar su inteligencia ni perfeccionar su sér, la preferencia corresponderá al libro.

Vemos, por lo tanto, que los seres ú objetos tienen una utilidad positiva y otra relativa, y que será ésta tanto mayor cuanto más co-

munes y apremiantes sean las necesidades que deben satisfacer.

Completaré la definicion de la *utilidad* añadiendo que todo es útil en este mundo. Para que te convenzas de ello deseo que reflexiones sobre un ejemplo práctico. Tu camisa, despues de llenar el fin para que fué construida, se encuentra rota por unos lados y desgastada por otros. Crees que no encierra *utilidad* alguna y la mandas tirar á la basura. Al dia siguiente te asomas al balcon y ves con asombro que la recoge un trapero; digo que ves esto con asombro, porque tienes completa seguridad de que no hay manos tan hábiles que puedan remendar lo que tú rompes. Pues aquella camisa, deshecha en menudas hilas, sirve para aliviar los males del enfermo, ó triturada en una fábrica vuelve á ser utilizada por tí al cabo de cierto tiempo en forma de papel ó carton. Si aquel papel no te es útil porque se te derrama sobre él tu tintero, por más que lo rompas en menudos pedazos, volverá á ser utilizado en papel de estraza y otros usos. Ya ves todo el porvenir de una camisa rota y vieja, que despues de haberte sido utilísima durante algun tiempo, contribuye á satisfacer innumerables necesidades y dá de comer á millares de personas. Cuando estudies historia natural verás comprobada repetidamente esta teoría, y aprende-

rás la inmensa utilidad de todos los seres y de todos los productos.

Vamos ahora á otra definicion, relacionada íntimamente con la anterior. ¿Será lo mismo *utilidad* que *valor*? Algunas veces parece que sí; yo te aseguro que no.

Al paso que *utilidad* es, como ya sabes, la propiedad que tiene un objeto de satisfacer nuestras necesidades, *valor es la propiedad que tiene un objeto de proporcionar á quien lo posea otros objetos en cambio*. De otra manera: valor es la relacion que existe entre cosa y cosa. Si consideras la utilidad en sí misma, verás que no llega á constituir nunca el fundamento del valor, pues si la primera no tiene limitacion no nace el segundo. Ejemplo al canto. El aire que respiras, ¿tiene utilidad? Tanta, que sin él te moririas. ¿Tiene valor? No, pues del mismo aire disfrutamos todos los demas. La camisa vieja que tirabas por destrozada, ¿tiene valor? Indudablemente que sí, pues si en lugar de tirarla hubieras llamado á un arenero, éste te hubiera dado por ella una cantidad de arena igual por lo ménos á la que le cuesta dos cuartos á tu mamá. Y ¿por qué tiene valor la camisa? Porque satisface muchas necesidades como has visto. ¿Por qué no tiene valor el aire? Porque no está limitado; porque todo el mundo lo disfruta. Consignemos, pues, que *valor* supone siem-

pre *utilidad*; pero *utilidad* no supone siempre *valor*. Esto es lo que diferencia á ambas cosas.

Sabe tambien que el valor puede ser de dos maneras: *valor en uso*, que es la verdadera utilidad; y *valor en cambio*, que es la cantidad que con un objeto puede proporcionarse su propietario.

Para terminar esta carta quisiera ponerte nuevos ejemplos de la utilidad de las cosas que juzgas más inútiles; pero como puedes cerciorarte por tus propios ojos de esta verdad, te recomiendo que sacudas la pereza el próximo domingo y te encamines de madrugada al *Rastro*, y sobre todo á la parte del mismo conocida por *Las Américas*. Allí verás sin duda una montaña de mendrugos de pan duro utilizados para alimento de perros en todo el año, y para hacer los ricos *panecillos del santo* que por San Antonio se venden en la calle de Hortaleza y por Mayo en la pradera de San Isidro. Más adelante verás otro respetable monton de puntas de cigarro que, lavadas y preparadas convenientemente, vuelven á ofrecerte como tabaco de contrabando los vendedores ambulantes y mozos

de café. No léjos de aquel sitio verás una gran extension de terreno llena de hierro viejo pronto á tomar nueva forma; á su lado la ceniza de algunas chimeneas dispuesta á convertirse en lejía; los libros incompletos, útiles para completar otros ejemplares ó para envolver mostaza y alcaravea; el cabello que sirvió en vida á una mendiga dispuesto á adornar el rostro de una marquesa; la espada de los siglos caballerescos pronta á convertirse en asador: y aquí y allá toda clase de prendas de vestir, desechadas por inútiles y ofrecidas y aceptadas como muy útiles por los que tienen poco dinero. De fijo que si te resuelves á madrugar un dia no será el último que lo hagas para trasladarte al sitio en cuestion, donde se aprende prácticamente á cuánto llega la utilidad de las cosas.

Creo que desde hoy no confundirás la *utilidad* con el *valor*, y deseo que conserves en la memoria ambas definiciones, pues tendrás que recordarlas con frecuencia en el curso de nuestras peregrinaciones económicas.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL PULCE NOMBRE DE MARÍA.

Dora el sol, de los montes
La enhiesta cima,
Y sus rayos, alegres
Como la risa,
Del infante dormido,
Dicen: ¡María!

Rompe su tierno broche
La rosa altiva
Derramando perfumes
Que el suelo envidia,
Y al abrir su corola,
Dice: ¡María!

Sube la ardiente llama,
Crece y vacila
Sobre el seco ramaje
De añosa encina,
Y aumentando su brillo,
Dice: ¡María!

Entre verde follaje
Corre y suspira,
Bullicioso arroyuelo
Del campo vida,
Y al bañar á las plantas,
Dice: ¡María!

Cruzan por el espacio
Las golondrinas,
Mensajeras que anuncian
De Abril las brisas,
Y batiendo las alas,
Dicen: ¡María!

Resbala entre las hojas
El aura tímida,
Murmurando ternezas,
Y á sus amigas,
Las más hermosas flores,
Dice: ¡María!

Juegan del mar las olas
En sus orillas,
Rizándose al impulso
De las caricias,
Y al besar á la playa,
Dicen: ¡María!

Dulces son los placeres
Que el mundo brinda,
La esperanza, la gloria,
La fe y la dicha,
Y es más dulce tu nombre,
¡Dulce María!

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vamos á dar principio hoy á nuestras tareas ó conversaciones sobre la Historia Sagrada; la verdadera historia, hijos míos, porque las demás historias son obra puramente de los hombres, y por eso

suelen tener muchas imperfecciones y andar envueltas en mil fábulas y conjeturas muy distantes de la verdad, y donde la debilidad humana, explotada por las pasiones, desfigura los hechos y los sucesos, aplau-

diendo muchas veces lo que merecía la más dura censura y reprobación.—Por eso, niños míos, he escogido para conversar con vosotros en estas noches de invierno, entre otras materias que pudieran entretenernos agradablemente, la historia contada por aquellos que recibieron de Dios el mandato de escribirla, y con el mandato la inspiración: de modo que es como si estuviéramos oyendo al mismo Nuestro Señor, que habla por boca de sus Profetas.—Yo procuraré, sin embargo, hasta donde pueda hacerse, acomodarla á vuestra tierna inteligencia.—Así y todo, sucederá con frecuencia que algunas cosas no las comprendereis bien; no importa que no las comprendais, porque cuando seais más grandes y esté formado vuestro entendimiento y adornado con buenos estudios, entonces ya será otra cosa.—Así, pues, no os fatigéis en pensar mucho sobre algún hecho cuyo misterio no podais alcanzar, sino admirar en él la bondad ó la justicia de Dios, que es grande siempre, siempre previsora y paternal.—Supongo que no os cogerá el sueño y me estareis atentos: empecemos.

Dios, con el poder de su palabra crió el cielo y la tierra, las plantas todas, las yerbecitas que veis por los campos, los animales y al hombre; y esto lo hizo en solos seis días... ¡Qué admirable es esto, ni-

ños míos! fijaos bien: en un día alumbró el mundo todo, que estaba en las más profundas tinieblas: su mano fué como un resorte que dió paso repentinamente á una gran masa de luz que inundó el espacio... ¡qué mágico poder! ¿No es verdad, niños míos, que esto os sorprende de una manera extraordinaria?... Para formarnos una idea, aunque remota de esto, asomémonos á la ventana, miremos al cielo: como es de noche, no vemos más que un ligerísimo resplandor producido por las estrellas; inmensos soles, que la mucha distancia que los separa de nosotros los hace parecer tan pequeños: supongamos que de repente, en medio del silencio de la noche se oye una voz que dice: *hágase la luz*; y en el acto se alumbra todo el firmamento; pero con tal claridad, que vemos lo mismo que si fueran las doce del día... ¿Qué diríais del hombre que hiciese este milagro de poder, y cuya voz fuese tan eficaz?... Seguramente que le tendríais por un sabio ó por un santo: pues bien, niños míos; si esto hubiera sucedido en un pequeño pueblo, que es como un grano de arena considerado con relación al mundo, ¿qué podríamos decir de esa luz creada por Dios en el primero de los días, y que alumbró todo el espacio y que fué principio de millones de astros que giran por el cielo?—Pero oigamos la relación de Moisés, y veamos cómo

en el segundo día hizo el firmamento que llamamos cielo; en el tercero, separó las aguas de las aguas, dió ser á la tierra y al mar; en el cuarto, hace que el sol, despidiendo clarísimos resplandores, haga brillar el hermoso azul de los cielos y dé vida á las plantas para que broten hermosísimas flores, y los árboles produzcan riquísimos y sazonados frutos; y viendo que la oscuridad y las tinieblas podían entristecer el corazón del ser que iba á formar, creó para la noche otro astro que llamamos luna, y las estrellas.—Y aquí debemos detenernos un momento, para considerar de nuevo los prodigios que acabamos de enumerar. Fijémonos, queridos niños, en ese astro que llama la Escritura la *lumbrera mayor*, que conocemos con el nombre de sol, que vemos brillar todos los días en medio del cielo, que aparece á la mañana para ocultarse á la noche. ¿Sabeis, niños queridos, cuál es su diámetro? pues es ciento doce veces mayor que el de la tierra; y si lo vemos tan pequeño, es efecto de la gran distancia que lo separa de nosotros, distancia que los astrónomos, que son los que se ocupan del estudio de los fenómenos celestes, calculan en veinte y siete millones de

leguas.—Observo que os admirais de esto, y en vuestro semblante noto impreso el asombro que os causa. Teneis razón en admiraros, pues nuestra pequeñez aparece visible ante este prodigio que todos los días está manifestando la omnipotencia del Criador.

Por un lado adivinamos cuál debe ser el espacio donde gira este astro inmenso, y por el otro, el tamaño y volumen que encierra; ¿pero qué direis si á esto añadimos que las estrellas, á lo ménos en su mayor parte, son mayores que el sol, y distan de él doscientas seis veces más que nosotros distamos del sol? ¿No es verdad, niños míos, que debe ser grande el poder de *Quien* hace salir de la nada tantas maravillas?... No sois vosotros solos á admiraros; aquellos hombres que la historia nos señala como sabios, que figuran hoy en el catálogo de los escritores ilustres por sus vastísimos conocimientos, al leer las Escrituras Santas, al pararse en estas divinas páginas escritas por Moisés, no han podido ménos de exclamar sobrecoídos de espanto y de respeto, que todas ellas son una continua maravilla.

(Se continuará.)

RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.

LAS BUENAS ALMAS.

—Abuela!

—¿Qué quieres, hija?

—¿Por qué mi madre adorada
Hace unos días que llora
De la noche á la mañana?
¿Por qué mi padre suspira,
Cuando al despuntar el alba
Coge, para ir á la huerta,
La podadera y la azada?
¿Por qué ha huido la alegría
Que entre nosotros reinaba,
Y el dolor y la tristeza
Se ha aposentado en la casa?
Yo no comprendo el motivo,
No sé que mal amenaza,
Pero á la Virgen del Valle,
A la del manto de grana,
La que en la ermita del monte
Está en un nicho de plata;
La que dice el señor Cura
Que nos consuela y nos guarda,
Consuelo para mis padres
Pido todas las mañanas.
Abuelita, ¿por qué lloran?
Dígame usted lo que pasa.
—¡Hija mia! con razon
Vierte tu madre sus lágrimas,
Que vá á perder muy en breve
Al hijo de sus entrañas.
—¡Mi hermano!

—Sí.

—¡Por la Virgen!

Abuela, ¿qué le amenaza?

—Hija, ha caído soldado
Y á servir al rey se marcha.

—¿Y tendrá que ir á la guerra?

—Tendrá que ir, si se lo mandan.

—¡Dios mio!

—No llores, hija.

—¡Ay hermano de mi alma!
Ya veo por qué mi madre
Vierte tan amargas lágrimas.

—Hija, pídele á la Virgen,
Que ella á nadie desampara.

.....

—Abuelita, venga usted,
Mi madre se ha puesto mala;
Está llorando y riendo,
Y ha alborotado la casa.

—No te asustes, hija mia,
Que hoy la Virgen nos ampara,
Y la dicha y el contento
Visita nuestra morada.

—¿Y no llorará mi madre?

—No, hija, cesaron las lágrimas,
Que ya tu hermano no va
Al servicio de las armas.

—¡Ay! qué alegría, abuelita.
La Virgen, que es nuestra guarda,
Ha libertado á mi hermano
De que á la guerra se vaya.

—Sí, la Virgen ha inspirado
A la caridad cristiana,
Y á los que á una madre vuelven
El hijo de sus entrañas.

¡Bendita sea la Virgen!

¡Benditas las buenas almas!

MANUEL GENARO RENTERO.





Gran día es para Lucas, Juan y Luisa
El día en que les veis: los tres vestidos
Han de asistir á un baile, y les precisa
Hallarse en toda forma prevenidos.
Pero el tiempo no corre con la prisa
Que quisieran los niños referidos,
Y en lugar de lanzarse á otra diablura
Resuelven consagrarse á la pintura.

Con arreglo á este plan, Lucas dispuso
Que él sería el pintor, y los pinceles
Cogiendo de su padre, á hacer se puso
Un cuadro que eclipsara á los de Apeles;
Mientras Luisa, tan tiesa como un huso,
Segun previo reparto de papeles,
Servia de modelo y se burlaba
De Juanito, que á entrambos admiraba.

Problema: ¿Tendrá término el retrato?
No es fácil responder, porque el asunto
Meditarse merece largo rato;
Mas puede asegurarse en este punto
Que han de ver pasa el tiempo corto y grato
Haciendo de Luisita el fiel trasunto,
Y que si no es retrato la pintura,
Por lo ménos será... caricatura.

EL OSO VIAJERO.

(DEL INGLÉS.)

Un oso aventurero
Se propuso correr el mundo entero,
Y estudiar los países y naciones,
Costumbres, religiones,
Y lo demás que viera
En su nueva existencia viajera.
Corrió bosques, montañas;
Cruzó mares y ríos;
Vió costumbres extrañas;
Pasó muchos calores, muchos frios,
Y halló gran experiencia
En sus largos viajes,
Aprendiendo la ciencia
De distintos exóticos lenguajes.
Cansado de sus largas correrías,
Pensó en volver por último á sus lares,
Y hallar en ellos término á sus dias
Tranquilo y sin pesares.
Conforme á este proyecto,
A su patria tornábase el viandante,
Cuando halló en el trayecto
Un corral, y al instante,
Deseoso de nuevas aventuras,
Entróse en él y contempló asombrado
Las extrañas figuras
De unas aves que, de un estanque al lado,
Con gran placer bebían

Sus aguas transparentes,
A la vez que hácia el cielo dirigian
La vista reverentes,
Cual si mirando al cielo de aquel modo,
Después de cada trago,
Quisieran dar al Hacedor de todo,
De su bondad y su cariño el pago.

El oso, al observar tales miradas,
Encontró tanta gracia en aquel uso,
Que comenzó á reír á carcajadas
Y á imitarles se puso.

Al verle, un gallo le miró furioso,
Y con ronca voz dijo: «Señor oso,
Tan sólo un animal de su calaña,
Una santa costumbre religiosa
Encontraría extraña,
Y debiera saber que es una cosa
Harto ruin y harto fea
Burlarse de ese modo descarado,
Y ya que en nuestro Dios usted no crea,
Debiera haberle al ménos respetado.

*Lo que al oso del cuento,
Ocurrir suele siempre al que pretende,
Sin juicio ni talento,
Hacer burla de aquello que no entiende.*

VENTURA MAYORGA.

LAS NÁYADES DEL RHIN.

La noche está oscura.

Espesa niebla envuelve en denso
velo las turbias aguas del Rhin; la
tierna niña Adelina camina sola y
á la ventura.

Acaba de perder á su anciana
madre, y ya nadie la queda en el

mundo, de nadie espera protec-
cion.

La noche está fría, y la niña sien-
te sus miembros ateridos por el ri-
gor del helado cierzo.

Así camina largo rato, y anda,
anda, sin saber adónde dirige sus

pasos, ignorando dónde encontrará un refugio.

Cansada ya de andar, yerta de frío, acércase á un grueso roble y tiéndese junto á su tronco.

Bien pronto la sangre se hiela en sus venas, fáltala la respiracion y queda profundamente aletargada.

El Rhin, en tanto corre, tumultuoso, por entre las escarpadas rocas, inundando de espuma las orillas y lamiendo los piés de Adelina.

De pronto las ondas del rio se entreabren, rásganse las nieblas y óyese una débil armonía.

Vagas y fantásticas sombras comienzan á dibujarse en el espacio, y aquellas sombras van tomando cuerpo hasta convertirse en hermosísimas mujeres vestidas de blanco, sueltas al aire las rubias trenzas y los cabellos entrelazados de frescas flores.

Aquellas fantásticas apariciones vánse acercando al sitio donde la pobre Adelina muere de frío y pena, y rodéanla asidas de las manos, cantando débilmente.

La niña, falta de sentido, continúa inmóvil al pié del árbol, sin apercibirse de lo que sucede alrededor suyo.

Las fantasmas continúan su canto, y cada vez en su danza estrechan más el círculo que rodea á la pobre Adelina.

«Somos las náyades del Rhin (la dicen); somos las hijas del rio, y

en él tenemos nuestro palacio.

Ven, Adelina, ven, pobre huérfana; nosotras te acogemos bajo nuestra proteccion, y desde hoy vivirás con nosotras en el fondo del rio.

Durante el dia dormirás; y cuando la luna, rasgando las nubes, brille en el firmamento inundando con sus rayos de plata las aguas del Rhin, saldrás con nosotras de nuestro palacio, y en alas de los céfiros vagaremos por los bosques y protegeremos á los viajeros.»

Esto dicen con armoniosas voces las náyades del Rhin, y apretando, estrechando cada vez más el círculo, cogen en medio á la niña Adelina, y envueltas en una blanca nube, sepúltanse con ella en el rio.

Esta es la balada de la niña Adelina, la huérfana del Rhin.

Cuando la noche llega, la niña que allí mora sale de entre las aguas y va á esmaltar de hermosos y frescos miosotis la tumba de su madre, y despues de cumplida su sagrada mision, vuela entre las brisas á velar el sueño de los niños abandonados, y cuando éstos despiertan hallan siempre á su lado algun abrigo con que cubrir su desnudez y débiles miembros, algun alimento dejado allí por la niña Adelina, la protectora de los niños, la protegida de las náyades del Rhin.

CÁRLOS AGUIRRE.

EL AMIGO FIEL.

Rafaelito y *Tom* eran muy buenos amigos.

Rafaelito era un niño muy bueno y muy obediente, y *Tom* un perro de Terranova de gran instinto.

Siempre estaban juntos, siempre se les veía jugando.

Rafaelito se sentaba en el suelo y se entretenía en alisar las lanas del perro con sus manitas, mientras que *Tom* dormía pacíficamente.

Cuando llegaba la hora de la comida, *Tom* se sentaba gravemente al lado de Rafaelito y comía de la ración del niño.

Rafaelito tenía sus conversaciones con *Tom*, y éste, como es natural, no le contestaba; pero fijando sus grandes ojos en aquél, ladraba alegremente, moviendo la cola, como si dijera: «ya te entiendo.»

Una tarde Rafaelito y el perro estaban jugando en el jardín.

El niño corría por los paseos y el perro le seguía ladrando.

Los papás de Rafaelito, sentados en un banco, se entretenían en ver jugar á los dos amigos, y daban

gracias á Dios por tener un hijo tan hermoso y tan bueno.

De repente un angustioso grito de terror se escapó del pecho de la mamá de Rafaelito.

El niño había tropezado en un tiesto y había caído de cabeza en el estanque.

La madre echó á correr á salvar á su hijo; pero ya se la habían anticipado. *Tom*, el buen amigo de Rafaelito, se arrojó al estanque detrás del niño, y asiéndolo de la ropita, sacóle á la orilla al tiempo que la madre llegaba.

Rafaelito estaba desmayado.

Le metieron en la cama y estuvo en ella más de ocho días, pues el susto le costó una enfermedad.

Durante este tiempo, *Tom* no se separó un momento de Rafaelito, y pasó los ocho días junto á la cama velando su sueño y lamiendo cariñosamente sus manitas.

Este cuentecito demuestra que se debe ser bueno con los animales, y que á veces un perro es el más fiel y verdadero de los amigos.

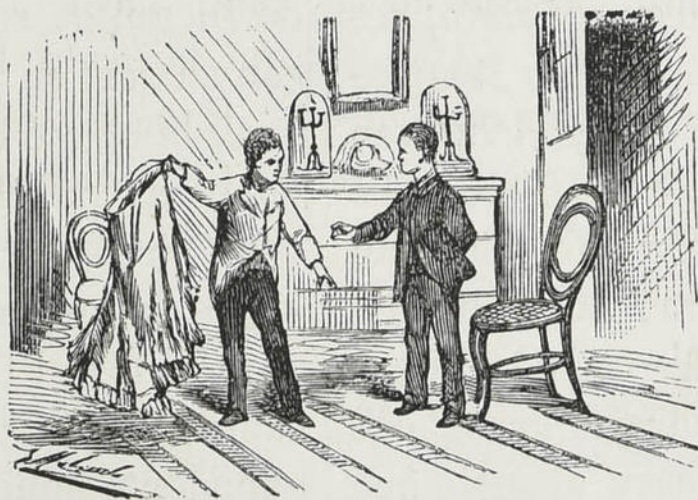


UNA BROMA DE CARNAVAL.

Julian y Diego han decidido vestirse de máscara y salir al Prado para embromar á los amigos de sus familias respectivas. Su decision, como fruto de maduro exámen, es irrevocable, y perderia tiempo y saliva cualquiera que hubiera tratado de persuadirles de las ventajas de limitarse á ser espectadores en el período del año consagrado á la locura, como recuerdo de las fiestas del paganismo.

Pues ¡bonito genio tienen Julian y Diego para no salirse con lo que se les pone en la cabeza!

Julian sobre todo, que es el mayor, y que tiene una elocuencia irresistible para su compañero cuando se trata de alguna calaverada, pinta á Diego lo mucho que se van á divertir, y hasta los proyectos que abriga de dar algunos bromazos de primer orden.



—Mira, le dice, en cuanto veamos al usurero del cuarto segundo, le vamos á decir que han entrado ladrones en su casa; á las de Lopez les diremos que no hagan caso del novio de Elvira porque se casó en Cuba con una mulata, y á D. Juan el abogado, que lo es de pobres, vamos á sacarle los colores, diciendo que á uno de sus clientes, para quien el fiscal pedia ocho dias de cárcel,

le condenó el tribunal, despues de oirle, á cadena perpetua.

—¡Y á nuestro catedrático de Física?

—¡Oh! para ese tengo reservado un experimento especial: yo llevaré una lavativa con agua clara y le aplicaré su mecanismo poniéndole hecho una sopa. Yo tengo ya mi traje: calzoncillos, la camisa bordada de mi madre y una cofia.

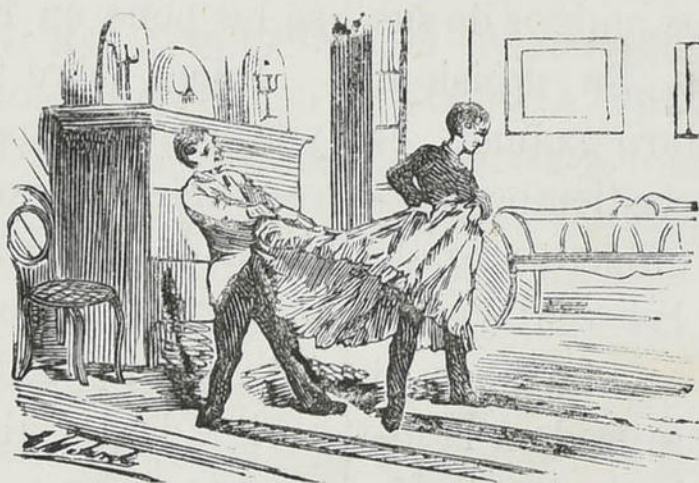
—¿Y yó? pregunta Diego.

—¿Tienes más que ponerte uno de los vestidos de tu hermana y un sombrero de los que gastó tu abuela?

—Convenido; pero para que la

broma sea completa es preciso que ignore la familia nuestro proyecto.

—¿Tenemos más que vestirnos ahora mismo que nadie nos ve?....



Y con efecto, Diego y Julian, resueltos á divertirse mucho, empiezan sus preparativos y revuelven para ello toda la casa. Pero ¡qué importa esto comparado con la gran tarde que les espera! En pocos minutos, no hay cofre cerrado ni armario seguro; los trajes arrugados llenan las sillas ó caen al suelo que les aguarda. Diríase que el espíritu del desórden, penetrando en la casa

de Dieguito, se ha complacido en convertirla en una prendería.

Cada objeto que se encuentra supone una mancha, un arrugamiento ó un jiron en los compañeros; las cintas saltan rotas, los botones se desprenden al forzarlos, y todo, en suma, parece demostrar que en la abundante habitacion de Diego sólo queda lo estrictamente preciso para otros dos Carnavales.



Pero si hubo alguna contrariedad, ya pertenece á la historia: nuestros muchachos han acreditado su ligereza, y en pocos minutos se han visto en la calle, con arreglo en un todo al programa formado al efecto. Diego, sin embargo, no está tranquilo; teme que le conozcan por el traje que viste, y muy especialmente por una lujosa falda de su mamá, y empieza á meditar si hu-

biera sido prudente, ántes de lanzarse á la calle, solicitar el permiso de la familia.

Julian, por el contrario, está poseido del mayor entusiasmo, y blande atrevidamente el instrumento que constituyó su terror cuando era niño, y con el cual se dispone á demostrar prácticamente á su catedrático de Física las propiedades de los líquidos.



Pero las ilusiones no pueden ser eternas, ni hay bien constante en este pícaro mundo. Precisamente cuando los dos amigos se disponen á penetrar en el Prado, ven que el profesor de Física se dirige también al paseo, montado en un mag-

nífico caballo, y Julian se dispone á realizar el proyectado riego. El apresuramiento de ambos amigos les pierde, pues el caballo pisa la cola del vestido de Diego, ocasionándole un desgarron enorme, en tanto que Julian, al intentar su



venganza de mal estudiante, aprende que su catedrático da también lecciones fuera de la cátedra, y que si éstas quedan mal impresas en la memoria, aquéllas quedan señaladas perfectamente en las espaldas.

El primer contratiempo hace pensar á los niños en la necesidad de remediar el daño causado al vestido, y de comun acuerdo determinan entrar en un café, donde podrán prender con alfileres el desgarron.

Allí les aguarda un nuevo disgusto: Julian pretende reemplazar con el agua de la botella el líquido de su lavativa; un camarero les advierte que aquel acto no brilla por la limpieza: grita Julian, apóyale Diego; el servicio de la mesa se hace mil pedazos, y ante la confe-

sion hecha por los pecadores de que carecen de dinero para pagarlo, el mozo del café se agarra á lo primero que encuentra.... que es el pescuezo del pobre Diego.

Julian acredita con la ligereza de sus piernas que de prudentes y avisados es huir cuando amaga algún peligro, y abandona á su amigo, que en vano lucha por deshacerse de las manos del camarero.

Lectores míos: muchas veces, si sois aficionados á la lectura de periódicos, habreis podido observar que siempre, detras de la relacion de un robo, un asesinato, una disputa ó un escándalo, se dice invariablemente: el ladron no fué habido, el autor no pudo ser encontrado, la justicia brilló por su ausencia, etc.



El pobre Diego no tuvo tanta fortuna: una pareja de agentes de orden público se presentó inmediatamente en el lugar de la ocurrencia y reemplazó al mozo en el oficio de sujetar al más inocente de los causantes del destrozo.

El pobre Diego duerme en la prevencion, con lo cual es completo su bromazo.

Es decir, completo no; aún le aguardan en su casa el justo enojo y el castigo de su familia.

A. BERRIO Y RANDO.